

# DE NUESTROS LECTORES

## Nuevos enfoques sobre la paz con las guerrillas

Bogotá, junio 4 de 1996

Señor  
Tito Livio Caldas  
Director-Fundador de la Revista  
CIENCIA POLITICA  
Ciudad

Estimado Señor:

De diversas y casi siempre largas conversaciones con politólogos y otras personas que han dedicado mucho de su tiempo a estudiar, o trabajar profesionalmente, como funcionarios de organismos del Estado, o como investigadores académicos, el singular fenómeno colombiano de las guerrillas —porque son varias y distintas, incluidas las diversas narcoguerrillas—, creo que puedo llegar, como aficionado también al análisis de las soluciones de esta trágica situación, a algunas conclusiones sobre aspectos importantes del tema. Más que “nuevos enfoques” sobre la paz con las guerrillas, presentados como un ensayo orgánico, los que siguen son breves análisis sueltos del problema, que merecen estudio conjunto y más profundo, pero que deseo plantear por intermedio de esta Revista a todas las personas que puedan aportar esfuerzos para la búsqueda de nuevas formas de superación de estos conflictos tan dolorosos para todos.

I-II TRIMESTRES 1996

### *Los tratados de paz a nivel nacional*

No parece que los tratados de paz con las guerrillas, a nivel nacional, constituyan un objetivo alcanzable y beneficioso. Los intentos y los caminos recorridos para llegar allá han sido muy difíciles, han creado falsas perspectivas para las partes y para el país, y han producido graves frustraciones. Este objetivo, intentado tantas veces y por tantos años, es, seguramente, inalcanzable.

No es tampoco benéfico porque el largo proceso de su negociación conduce a crear una imagen falsa en la mente de los dirigentes de la subversión y la narcoguerrilla sobre un poder militar y político superior al que realmente puedan tener los alzados en armas; ellos evidentemente tienen interés en ejercer un protagonismo que enaltezca su figuración pública y consolide su posición política directiva.

La mesa de negociaciones, cuando se realiza a nivel nacional, crea una representatividad también nacional, tanto del Estado como de los insurgentes. Esa circunstancia legítima y afianza ante los grupos guerrilleros locales la imagen y el concepto real de que hay jefes guerrilleros nacionales, reconocidos como tales por el gobierno central, y que aquéllos, como también los gobiernos locales, no tienen nada que hacer sino obedecer lo que se intenta cocinar allá, arriba, para todos. Lo que decidan entre Bogotá y la cúpula guerrillera y... punto.

Todo intento de negociación de la paz con la subversión, en un país tan extenso, variado y pluralista como es Colombia, no debe intentarse a nivel nacional exclusivamente. Esa política, ejercida hasta hoy con unas pocas y tímidas excepciones, corresponde a una situación irreal y equívoca, pues ni el gobierno es uno, el central, ni la subversión es una, para los efectos concretos de lograr los difíciles acuerdos de paz en el caso específico colombiano. (Las negociaciones de paz con la ETA, por ejemplo, son bien distintas: lo que busca la ETA es obtener la independencia del País Vasco, como una nueva nación separada de España. Allí no pueden haber sino dos negociadores, a nivel nacional, una por la ETA y otro por el gobierno central de España, caso muy distinto al colombiano).

### *Diálogos regionales*

El gobierno nacional no ha querido delegar, aunque sea de manera parcial y experimental, su control centralizado y único de los diálogos e intentos de paz con las guerrillas. Pero está llegando el momento de permitir que estos diálogos se desarrollen, pues la presión de los hechos, la pérdida de legitimidad del gobierno nacional y los repetidos fracasos en

su política de paz, tornan casi inevitables los diálogos regionales, como ya se están sucediendo en la práctica en algunas regiones del país.

Estos contactos a nivel local, entre los que pudiéramos llamar los actores inmediatos del conflicto, no deben mirarse con tanto recelo; al contrario, deben auspiciarse y autorizarse dentro de una nueva política de paz descentralizada, que debe sustentarse en lo que, en últimas, se sustenta toda política democrática: la fe y confianza en el sentir mayoritario de la población. Porque esto es lo que hoy pide o, mejor, exige, cada vez de manera más visible, la inmensa mayoría de las gentes de regiones que ya no pueden esperar por más tiempo las soluciones de Bogotá: una política central de paz vacilante, inexperta, sin ninguna continuidad ni imaginación, sin instrumentos militares eficaces para imponerse a los subversivos, pero que tampoco permite que la población se defienda de ellos. Es la de Bogotá una política de desconfianza en las capacidades propias población, y de las autoridades locales —hoy sin fuerza de policía—, tanto para defenderse como para dialogar.

Para que el gobierno central no pierda el total control sobre la política de paz, peligro que hoy se acrecienta ante su deslegitimidad, es urgente que, señalando normas y límites adecuado, autorice los diálogos con la subversión.

Los jefes regionales de guerrilla y mandos medios ya están viejos y adinerados; muchos de ellos quizás desean que sus compañeras de andanzas se incorporen o tengan algún lugar en la comunidad lugareña, que sus hijos concurren a la escuela, y que ellos mismos, o algunos de ellos cuando menos, aspiren a reinsertarse en la vida social. (Es posible que deseen disfrutar de su riqueza mal habida, en vez de seguir dedicándola al sostenimiento y equipamiento de la guerrilla).

Se trataría de enmarcar una convivencia, que de hecho ya se advierte entre la población civil y la guerrilla en algunas zonas, dentro de parámetros, aunque sean elementales, de legalidad, ética y civilidad que permitan el resurgimiento económico y la vida normal de las regiones.

Ojalá que estas ideas simples merezcan el privilegio de su publicación en su Revista.

Atentamente,

HELI ALBERTO MONCADA